



MERKEN

Periódico Anarcosindicalista

Órgano de difusión de Solidaridad Obrera



**En este
número**

- EDITORIAL: ¿PARA QUIÉN ESCRIBIMOS?
- LO QUE GRAEBER NOS HA ENSEÑADO MÁS ALLÁ DE LA ANTROPOLOGÍA
- FEDERALISMO, MEMORIA Y COHERENCIA
- POR UN NUEVO ANARCOSINDICALISMO (PARTE 2)
- LA REVUELTA NEOLIBERAL EN CHILE
- RESISTIR DESDE ABAJO
- ¿VIVIR PARA TRABAJAR O TRABAJAR PARA VIVIR?
- OTRAS COSAS VARIAS



Si encuentras que el sindicato continúa siendo una herramienta de lucha y deseas unirme a Solidaridad Obrera, puedes escribir a las diferentes secciones que se encuentran en los diferentes territorios

Contactos

Sociedad de Resistencia de Oficios Varios, Chillán:
SR.Chillan@protonmail.com

Sindicato de Oficios Varios, Santiago:
sovsantiago@gmail.com

Sindicato de Oficios Varios, Valparaíso:
sov.valparaiso@gmail.com

Sindicato de Oficios Varios, Temuco:
solidaridadobreroa.temuco@gmail.com

Sindicato de Oficios Varios, Frontera Biobío:
solidaridadobreroa-biobio@riseup.net

Nota Editorial

¿Para quién escribimos?

Equipo editorial Periódico Merlán

Ciertamente, entre los anarquistas existe la tendencia perniciosa a aislarse del mundo, a no ver más allá de lo que ocurre fuera del estrecho cerco del movimiento anarquista que podríamos llamar oficial, que lleva el nombre y el vestido exterior del anarquismo.

Luigi Fabbri

Sin duda, en el último tiempo el desarrollo del pensamiento radical, incluido el anarquismo, se ha ido profundizando y complejizando cada vez más, muchas veces haciéndose incomprensible para el resto de la gente. Creamos y caemos en nichos intelectuales donde nos comprendemos, nos leemos y nos difundimos entre nosotros y nosotras, dirigiendo nuestros medios de difusión a convencidos que están interesados en profundizar sus conocimientos sobre el pensamiento libertario, leer repetidos discursos radicales o informarse de enfrentamientos con la policía. Pero dejamos de lado el sentido que tiene la propaganda; el de divulgar, promover o convencer a gente diversa.

Podemos caer en un fundamentalismo casi religioso de que la lucha se da por quienes quieren mejorar o salir de su condición oprimida,

adoptar posturas misántropas de que el ser humano destruye toda opción viable o considerar que toda la gente que no se moviliza es cómplice de este sistema y que, finalmente, la lucha del todo vale es el camino indicado. Cada vez nos hemos alejado más de la gente "común", alejamos también a compañeros y compañeras afines que ven en el anarquismo y el anarcosindicalismo una forma de lucha contra toda la dominación,

pero que, finalmente, ven en los y las anarquistas un límite para su desarrollo y expansión. La academización de la teoría nos ha alejado de la realidad tangible de los territorios.

Estas posturas, en un momento en que el auge de gobier-

nos de extrema derecha ultraconservadora ya cuenta con un predominio en gran parte del continente, nos demuestra nuestras debilidades en el ámbito or-



ganizativo. La ofensiva neoliberal del gobierno de Kast, ha dado vía libre a discursos y proyectos políticos que promulgan el aumento de horas laborales, la finalización de la indemnización de término de contrato, la reducción de impuestos a grandes empresas, el fin de garantías de movilización social, la facilitación de empresarios para despedir trabajadores, el cobro del Estado de deudas educativas a sectores trabajadores empobrecidos, la eliminación y reducción del gasto social, entre otras cosas; son realidades que estamos experimentando en estos momentos. De esta realidad no podemos hacernos los desentendidos, sino que, al contrario, debemos tomar parte activa de los movimientos de respuesta para no seguir siendo una corriente aislada que se jacta de no ser parte del problema. Entonces, volviendo a la pregunta inicial ¿Para quién escribimos? Buscamos escribir para las personas de a pie, la gente trabajadora, los estudiantes universitarios y secundarios, los diferentes pueblos indígenas del territorio, la gente de población y barrios marginales, académicos, funcionarios públicos, en fin, a cualquier persona que quiera impregnarse de estas ideas. No es que se quiera terminar con la retórica que ha acompañado al discurso anarquista en el último tiempo, no se busca dejar de lado la profundidad e intensidad de los debates contemporáneos, pero sí dar cabida nuevamente al discurso sencillo, a la explicación para amplios sectores de la población y no solamente nuestros círculos cerrados.

Anarquía, otra vez

Anónimx

*El fuego tiene un encanto
Su danza, su movimiento ondulante.
veo una gracia cautivadora en lo efímero
en lo que aparece para extinguirse
como una mecha estallando contra una patrulla,
los neumáticos quemándose en una barricada,
El explosivo dejado en una comisaría.
Me enseña que hay dualidad inherente
Aquello que desaparece y lo que permanece
Como las convicciones, los ideales, la solidaridad.
Quizás todo tiene que arder,
Que los deseos de destrucción también son deseos creadores.*

*El fuego tiene un encanto
Abriga a quien frío pasa
Y sobre todo pesa, como la ropa mojada
Los abrigos rotos de tanto uso
El cartón como un plumón de cama improvisado
Que no aguanta tanta humedad en sí.
De ese frío hablo, del que duele, del que marchita
Aquel que no solo pesa, sino que aplasta y oprime
Del que se siente como una calle ciega
Negra, oscura y sin salida.
Quizás todo tiene que arder,
Que los deseos de destrucción también son deseos creadores.*

*El fuego tiene su encanto
Es el hogar para los sin
los sin-casa, los sin-propiedad y los sin-miedo.
¿Qué tiene que perder quien nada tiene?
Para los hijos de la vida y los exiliados del jardín sagrado
Llamada ciudad, progreso, avance,
Tenemos que encontrar un albergue en el infierno
Llamado exilio, precariedad y soledad.
Encontramos calidez en los abrazos cómplices
El hacinamiento forzoso y el dolor compartido,
Quizás todo tiene que arder,
Que los deseos de destrucción también son deseos creadores.*

Lo que Graeber nos ha enseñado más allá de la antropología

Por académicx - Temuco

Después de leer la columna *No soy anarquista, pero...* publicado en el primer número de Merkén y a propósito de los últimos textos editados en español de David Graeber, *Trabajos de Mierda* y el *Amanecer del todo: Una nueva historia de la humanidad* que escribe junto a David Wengrow, me aparece la pregunta: ¿Qué hemos entendido de todo esto más allá de la antropología?

Si hay algo que me queda claro, en primer lugar, como académico, y que el mismo Graeber lo plantea en una conferencia en la School of Visual Arts theatre de Nueva York, es que, si no eres famoso, tus textos o lo que dices no

los toma en cuenta nadie. Graeber tuvo una combinación de factores que le permitieron tener amplio reconocimiento: Suerte, por publicar *The Bullshit job* en *Strike!*. Una pequeña columna que explotó en redes sociales, e hizo sentir a más de algún trabajador o trabajadora del norte global interpelado por estos trabajos de mierda. Y rigurosidad académica ya que, sin eso, y tal como el mismo Graeber lo señala, sus postulados no hubieran

tenido la repercusión que hoy alcanza, incluso de forma póstuma. En resumen, parte importante del alcance del trabajo que un ser humano puede realizar no está dado por el contenido argumentativo de lo que dice, sino por la fama que tiene.

Pero lo segundo que aprendimos con Graeber, es que todos somos

*Como seres humanos
que aplicamos la acción
directa, que nos parece
mucho más razonable
que la lucha de todos
contra todos propia de
los liberalismos, estamos
desarrollando una
acción propia de las
lógicas anarquistas*

más anarquistas de lo que pensamos. La acción directa, —en tanto colaboración mutua, trabajo conjunto para sobrepasar los impases propios de una sociedad desequilibrada y los procesos democráticos traducidos como consensos en espacios políticos y sociales— nos muestra que somos mucho más anarquistas de lo que pensábamos, lo que concuerda con “*No soy anarquista, pero...*”

Hace un poco más de un año, algunos colegas se reían y tomaban con cierta liviandad mis palabras al señalar que muchos procesos que se consideran en metodologías de diálogo de saberes eran planteamientos propios de la anarquía, y que en el fondo estábamos actuando de una forma

más anarquista de la que solemos asumir al comprender a los individuos como iguales y con una carga de conocimientos que se debe valorar de forma horizontal.

Hoy Graeber nos da la razón. Y es que cada vez que asumimos el diálogo, cada vez que aplicamos el consenso o llevamos acciones de colaboración, estamos asumiendo prácticas que por siglos han llevado los anarquistas. Actos de protesta, de intervención urbana o incluso encontrar las mejores formas de hacerse de alimentos más baratos de forma colectiva con una organización impulsada única y exclusivamente por el apoyo mutuo como forma de subsistencia, es actuar de forma anarquista. Como seres humanos que aplicamos la acción directa, que nos parece mucho más razonable que la lucha de todos contra todos propia de los liberalismos, estamos desarrollando una acción propia de las lógicas anarquistas, pero como yo no soy famoso, lo que digo sigue siendo objeto de risa. Sigo siendo un rebelde, un terrorista o alguien que quiere ver el mundo arder, por lo que no me queda más de que decir, gracias Graeber. Gracias por mostrar algo que los anarquistas pensamos desde hace años, pero que por medio de tu fama y tu rigurosidad, los no anarquistas asumen como algo posible.

Actividades realizadas por las secciones de Solidaridad Obrera

Rememorando - SOV Valparaíso

Este es un espacio de encuentro en torno a la memoria y la conmemoración. En él se busca generar una instancia de conversación que permita reflexionar colectivamente sobre diferentes procesos históricos, siendo un diálogo fraterno que busca mantener viva la memoria del proletariado, con sus victorias y derrotas. A cumplirse 90 años de la Revolución Española, se compartió la película “La lengua de las mariposas”, obra que aborda la educación libertaria en el contexto del levantamiento popular protagonizado por la clase trabajadora en la España de 1936. La película nos recuerda que el mundo nuevo comienza a construirse en el presente, a través de relaciones basadas en el respeto, la solidaridad y el apoyo mutuo, en contraposición a las lógicas verticales, autoritarias y competitivas que aún atraviesan la infancia en la actualidad.



Ciclo anárquico M. Bakunin - Santiago

El cine, entendido desde una perspectiva libertaria, es mucho más que una forma de entretenimiento: es un espacio para el encuentro, la reflexión crítica y el intercambio de experiencias.

Próximas proyecciones

3 de Agosto: El laberinto del fauno (2006)

10 de Agosto: Panther (1995)

17 de Agosto: Mártires y Vindicadores (2006)

24 de Agosto: ¿Qué hacer en caso de incendio? (2001)

31 de Agosto: Proyección sorpresa

Les esperamos todos los Lunes de Agosto a las 18Hrs.

Circulo Anárquico M. Bakunin - Aeropuerto 1095-A, Estación Central.



Charla sobre autodespido - SOV Temuco

En Temuco la 2da jornada informativa sobre Derechos Laborales. En dicha ocasión, se expuso sobre el autodespido, herramienta en la que los trabajadores pueden apelar para cuando los empleadores sostenidamente no cumplen con los mínimos legales en torno al pago de cotizaciones previsionales, cambios unilaterales en el contrato, no pago de sueldos, faltas graves a la dignidad de los trabajadores, no entrega de estándares mínimos de seguridad a los trabajadores y un largo etcétera. La presentación se puede solicitar por las redes sociales de SOV Temuco.

Federalismo, memoria y coherencia: una reflexión necesaria y un desafío permanente.

Por Sindicato de Oficios Varios - Santiago

El federalismo anarquista propone la unión libre a través de una base horizontal que distribuye responsabilidades y compromisos entre iguales. Entrelazan la autonomía organizativa y a la vez, un pacto voluntario pensado en la colectividad cuyo beneficio es común. Es un esfuerzo que permite una coordinación voluntaria sin coerción de unos a otros.

Sin embargo, llegar a un proceso federativo no es una tarea simple y fácil. Tiene distintos matices y profundizaciones. No existe un sólo camino y una forma de planearlo. Entendemos el federalismo como un proceso de continuo trabajo, sin una línea fija y que requiere de un esfuerzo y atención a tal punto que puede ocupar bastante tiempo. Debe existir un equilibrio entre el trabajo del grupo así como lo requerido colectivamente.

Lo entendemos como un conjunto de pasos a partir de la confianza. Parte con una declaración de intenciones, donde se traza una base mínima de acuerdos y cesiones de actuación colectiva y luego, en un proceso de continuo trabajo se van trazando tareas, metas, acciones, análisis o relaciones que se van forjando y madurando continuamente.

Para el anarcosindicalismo es, ante todo, una práctica de cohe-

rencia. No basta con declararnos contrarios a la autoridad, al caudillismo o al personalismo; debemos construir formas organizativas que hagan imposible que esas lógicas se reproduzcan en nuestros propios espacios. Nuestra fuerza no descansa en nombres propios ni en trayectorias individuales, sino en la acción consciente y organizada de la clase trabajadora.

Desde esta perspectiva, la horizontalidad no es un ideal abstracto: es un método. Toda acción y decisión del conjunto federado se sostiene a través de un acuerdo previo. La asamblea, el mandato y el pacto federativo son herramientas concretas que garantizan que la voluntad colectiva prevalezca en el tiempo.

Reflexionar sobre estos principios, es un ejercicio saludable de responsabilidad colectiva. El anarcosindicalismo se fortalece cuando es capaz de debatir con serenidad, sin personalizar las diferencias y sin convertir los matices en fracturas.

AUTONOMÍA, REPRESENTACIÓN Y RESPONSABILIDAD

En toda federación horizontal surgen una serie de preguntas legítimas: ¿cuándo y cómo se expresa la postura de un grupo? ¿Cuál es el alcance de acción de un gru-

po en relación a la federación? ¿Cuándo se visibiliza la posición de la federación en su conjunto?

Desde los principios anarcosindicalistas, la representación colectiva requiere de un mandato. Esto no busca restringir la palabra, sino clarificarla. La libertad de expresión individual y grupal es plena; lo que requiere acuerdo es el uso y acción del nombre común. Cuando un grupo federado toma acción en nombre de la federación sin un consenso explícito, puede generarse confusión entre la acción de un grupo —siempre válida— y posición colectiva —que sólo puede nacer desde el acuerdo previo.

Al mismo tiempo, es fundamental reafirmar la autonomía. Cada sindicato y cada grupo federado conserva su capacidad de análisis, su voz, su acción y su interpretación de la realidad. Esa autonomía es la base del federalismo anarquista: nadie renuncia a su identidad para organizarse con otros.

DIVERSIDAD DE MIRADAS COMO RIQUEZA ANARQUISTA

El anarquismo no es uniforme ni dogmático. Es una tradición viva que reconoce la diversidad como una fortaleza. Dentro de una federación pueden coexistir distintas lecturas históricas, distintos énfasis organizativos y diferentes sensibilidades estratégicas. Esa pluralidad no debilita; enriquece. Cada grupo o individuo puede tener su propia visión de la historia, sus propios resguardos, su forma de organizarse a partir de procesos pasados y de experiencias organizativas anteriores. Lo que nos

une no es una interpretación única, sino acuerdos prácticos para la acción común. La federación no exige pensamiento idéntico, sino respeto mutuo y mecanismos claros para decidir en conjunto.

La clave está en distinguir entre elementos históricos, ideológicos y estratégicos como interpretación —siempre abiertos al debate— y definición pública en nombre de todos —que requiere acuerdo explícito.

SOBRE LA HISTORIA, LA ACCIÓN Y LAS DIFERENCIAS NECESARIAS

En los debates históricos es importante comprender el entorno de cada grupo y el territorio donde se desenvuelve. Compartir y relacionarse federativamente no implica una continuidad del relato histórico o político y las acciones que se ejercen.

Cuando una federación horizontal presenta la unión de grupos o sindicatos establecidos en diferentes territorios, es extremadamente importante comprender las lógicas en la que cada uno se desenvuelve. Las experiencias anteriores marcan precedentes que, más allá de un relato y/o acción, para un grupo puede ser un riesgo y para otro una discusión ideológica. Esa diferencia no se debe es-

conder o perder, sino reforzar, ya que es tan necesaria como el debate y la interpretación a partir del pensamiento de cada individuo. Comprendiendo esa diferencia y autonomía de cada grupo o sindicato, en la práctica federativa esta marca una delimitación cuando se acciona desde lo colectivo y es allí donde el proceso federativo debe continuamente cuidar los acuerdos previamente establecidos: La excesiva centralidad de figuras, falta de transparencia o iniciativas grupales presentadas como si fuesen consensos colectivos, son formas de actuar que no representan el modelo organizativo que defienden históricamente los anarquistas.

Actualmente el anarcosindicalismo y los procesos federativos demandan precisamente del aprendizaje crítico de la historia frente a prácticas y hechos que han sepultado esfuerzos anteriores, han quebrado organizaciones, cuyas personalidades o grupos han pasado por encima de los acuerdos y los principios anarquistas —ejemplos hay bastantes alrededor del mundo. No nos mueve la nostalgia ni la reivindicación acrítica de etapas previas. Nos mueve la convicción de que la honestidad organizativa, la claridad en los acuerdos y la construcción colectiva

son condiciones indispensables para cualquier proyecto emancipador.

Marcar diferencias o tener una mirada crítica de otros procesos no

es un ataque al pasado; es una definición hacia el futuro.

UNIDAD EN LA DIFERENCIA, COHERENCIA EN LA PRÁCTICA

El principio federal sintetiza la apuesta: unidad en la acción, diversidad en el pensamiento. Nos organizamos con quienes no piensan exactamente igual porque entendemos que la riqueza fundamental del anarquismo radica en esa posibilidad de convivir en la diferencia sin jerarquías. Lo que nos cohesiona no es la uniformidad, sino el compromiso con métodos que impidan la concentración de poder y garanticen la participación consciente de todos. La honestidad organizativa no es una consigna moral; es una práctica concreta: claridad en la representación, respeto a la autonomía y responsabilidad en la acción del nombre común. Fortalecer el anarcosindicalismo hoy implica profundizar estos principios y aplicarlos sin excepciones. Para construir una organización sólida, se debe ser cuidadosos en preservar el carácter colectivo de las decisiones y ser capaces de frenar cualquier acción que pueda establecer un riesgo a la autonomía de cada grupo o sindicato, así como también de la federación en sí misma. Solo con coherencia y de la forma antes planteada, se puede proyectar el futuro. Solo así el anarcosindicalismo será, en los hechos y no solo en las palabras, una herramienta de emancipación basada en la construcción colectiva y en la confianza mutua.



Por un nuevo anarcosindicalismo

Por Sociedad de Resistencia Oficios Varios - Chillán

PARTE 2: LA SINDICALIZACIÓN FORZOSA

Si en la publicación anterior abordamos la transformación de la composición de la clase trabajadora y las dificultades que enfrenta el sindicalismo en una sociedad dominada por el sector servicios y el comercio, ahora corresponde analizar otro problema central: la sindicalización forzosa establecida por el actual Código del Trabajo chileno.

Cuando hablamos de sindicalización forzosa nos referimos a un sistema jurídico que obliga a los trabajadores a encauzar su organización dentro de estructuras definidas y reguladas por el Estado. El sindicato existe, negocia y actúa dentro de límites previamente establecidos por la legislación laboral, transformándose muchas veces en una institución administradora del conflicto más que en una herramienta de transformación social.

Esta situación no surgió de la nada. Tiene una larga historia. Durante gran parte del siglo XIX y comienzos del XX, las organizaciones obreras en Chile se desarrollaron mediante sociedades de resistencia, mutuales, federaciones y mancomunales. Estas agrupaciones surgían desde la

iniciativa de los propios trabajadores y responden a sus necesidades concretas. La huelga, el boicot, la acción directa y la solidaridad económica constituían sus principales herramientas de lucha.

El crecimiento del movimiento obrero y las movilizaciones populares llevaron al Estado a intervenir cada vez más en las relaciones laborales. A medida que el conflicto social aumentaba, las clases dominantes comprendieron que era más efectivo regular las instancias obreras que prohibirlas completamente.

La incorporación de los sindicatos al marco legal durante el siglo XX respondió a esta necesidad. El Estado reconoció ciertas estructuras, otorgó algunos derechos

laborales y estableció mecanismos de negociación, pero al mismo tiempo limitó la autonomía de los trabajadores. La organización obrera pasó progresivamente de ser un instrumento autónomo de lucha social a convertirse en una institución integrada al sistema de relaciones laborales.

Este proceso alcanzó una de sus expresiones más profundas durante la dictadura militar. El llamado Plan Laboral impulsado a fines de los años setenta reorganizó completamente las relaciones laborales chilenas. La negociación colectiva fue fragmentada, la huelga restringida y los sindicatos reducidos principalmente al ámbito de cada empresa. Aunque posteriormente se realizaron reformas democráticas, gran parte de esa estructura continúa vigente hasta nuestros días.

El resultado es un sindicalismo altamente institucionalizado. Los trabajadores pueden organizarse, pero dentro de categorías defini-



Desmantelando la casa de Clotario Blest, septiembre de 1990

das por la ley. Pueden negociar, pero dentro de procedimientos establecidos por el Estado. Pueden realizar huelgas, pero sujetas a múltiples restricciones legales. En otras palabras, la organización sindical es reconocida siempre que no amenace las bases del orden económico.

Esta situación genera importantes consecuencias. Los sindicatos tienden a concentrar gran parte de su actividad en aspectos administrativos y legales, mientras miles de organizaciones pequeñas negocian por separado frente a empresas que operan de manera coordinada a escala nacional e

internacional. A ello se suma la dependencia: muchas organizaciones terminan subordinando sus estrategias a los tiempos y procedimientos definidos por la legislación laboral.

Para el anarcosindicalismo esta realidad representa un desafío fundamental.

El anarcosindicalismo nunca entendió al sindicato únicamente como un instrumento de negociación salarial. Desde sus orígenes fue concebido como una escuela

de organización popular, un espacio de solidaridad y una herramienta de transformación social. Su objetivo no era simplemente mejorar las condiciones dentro del capitalismo, sino construir las capacidades necesarias para superar toda forma de explotación.

Por esta razón, el anarcosindicalismo contemporáneo debe actuar en dos niveles simultáneamente.

El anarcosindicalismo contemporáneo debe actuar en dos niveles simultáneamente. Por una parte, debe intervenir en los espacios sindicales existentes (...) Pero, por otra parte, debe ir más allá de los límites impuestos por la legislación laboral.

Por una parte, debe intervenir en los espacios sindicales existentes. Allí se encuentran millones de trabajadores enfrentando problemas reales de salarios, jornadas laborales, subcontratación, precariedad y

despidos. Renunciar a estos espacios significa abandonar a una parte importante de nuestra clase.

Pero, por otra parte, debe ir más allá de los límites impuestos por la legislación laboral. La organización de los trabajadores no puede reducirse a la existencia de sindicatos reconocidos por el Estado. Debe extenderse a cooperativas, asociaciones territoriales, redes de apoyo mutuo, organizaciones de consumidores, cajas de

ahorro solidarias, espacios comunitarios y múltiples formas de autogestión popular.

La fragmentación del trabajo contemporáneo exige nuevas formas de organización. Los trabajadores de servicios, los informales y quienes sobreviven en condiciones precarias también forman parte de la realidad social que el anarcosindicalismo debe organizar. Lo mismo ocurre con los estudiantes trabajadores, los jubilados y las personas dedicadas a labores de cuidado: todos integran el tejido que es necesario reconstruir.

La construcción de un nuevo anarcosindicalismo no pasa únicamente por aumentar la cantidad de sindicatos. Pasa por reconstruir el tejido social destruido por décadas de individualismo, competencia y dependencia institucional. Pasa por recuperar la solidaridad como práctica cotidiana y por desarrollar formas de organización capaces de responder tanto a las necesidades inmediatas como a las aspiraciones de una sociedad libre.

La sindicalización regulada por el Estado puede ser un terreno de lucha, pero nunca debe convertirse en nuestro horizonte político. El horizonte sigue siendo el mismo que inspiró a generaciones de trabajadores antes que nosotros: construir una sociedad donde la producción, el conocimiento y la riqueza social estén al servicio de quienes las crean, y donde la libertad y la igualdad sean una realidad concreta y no una promesa siempre postergada.

La revuelta neoliberal en Chile: crisis del individuo neoliberal y retorno de la ciudadanía

Por Sindicato Oficios Varios - Frontera Biobío

Escribir sobre la revuelta social chilena a seis años de su irrupción continúa siendo una tarea abierta, especialmente por las dificultades que han enfrentado actores políticos e intelectuales para interpretarla adecuadamente. Gran parte de este problema radica en que las categorías analíticas disponibles fueron construidas desde experiencias políticas propias del siglo XX — revolución, lucha de clases, organización partidaria o intervención extranjera—, lo que limita la comprensión de fenómenos emergentes en sociedades neoliberales contemporáneas. Como plantea Jiménez-Yáñez (2020), frente a hechos inéditos, las sociedades tienden a interpretarlos mediante esquemas previos, dificultando la comprensión de su especificidad histórica y cultural. Desde esta perspectiva, el llamado “estallido social” puede entenderse como una revuelta neoliberal: una explosión de malestar generada desde el interior mismo de la racionalidad neoliberal. No fue únicamente una protesta contra el modelo económico, sino una crisis producida por sujetos formados bajo las lógicas del mercado, el consumo y la com-

petencia individual. La revuelta emergió desde las propias contradicciones del neoliberalismo, donde ciudadanos convertidos en consumidores y deudores reaccionaron frente a los límites materiales y simbólicos del sistema. La revuelta de 2019 no puede comprenderse como un hecho aislado, sino como el resultado de un proceso histórico iniciado durante la transición democrática chilena. La promesa de los años noventa implicaba no solo la recuperación de libertades políticas, sino también expectativas de integración social y bienestar económico. Sin embargo, esta transición se desarrolló bajo la consolidación del modelo neoliberal impuesto durante la dictadura militar, el cual transformó profundamente las relaciones sociales, económicas y políticas. El neoliberalismo no solo reorganizó la estructura productiva, sino también las formas de subjetividad, desplazando el espacio de lo político desde la esfera pública hacia la responsabilidad individual y el consumo privado. A diferencia de los grandes relatos colectivos de la modernidad, como las identidades obreras o los proyectos socialistas, el neoli-

beralismo fragmentó la experiencia social y debilitó las formas tradicionales de organización colectiva. La idea de emancipación fue reemplazada por trayectorias individuales de éxito o fracaso, donde el esfuerzo personal pasó a ser el principal criterio de legitimidad. En este contexto, la ciudadanía comenzó a redefinirse en términos de capacidad de consumo y acceso al mercado.

Las dictaduras latinoamericanas resultan fundamentales para comprender este proceso. La represión política no solo destruyó organizaciones sindicales, estudiantiles y territoriales, sino que también impulsó una transformación cultural orientada a despolitizar la vida cotidiana. En Chile, la violencia estatal y las reformas neoliberales operaron simultáneamente: mientras se desarticulaban las organizaciones colectivas, se consolidaba un orden basado en la privatización de derechos sociales, la mercantilización de la vida y la individualización del riesgo.

En un país presentado internacionalmente como un “oasis” de estabilidad económica, el malestar acumulado terminó desbordando las categorías tradicionales de



interpretación. A diferencia de otros procesos latinoamericanos recientes, la revuelta chilena se caracterizó por la ausencia de un proyecto político unificado o de una dirección ideológica centralizada. En su lugar emergió una multiplicidad de demandas fragmentadas —pensiones, salud, educación, endeudamiento, feminismo, desigualdad territorial y reconocimiento indígena— que coexistían sin un relato único, pero compartiendo experiencias comunes de precariedad y exclusión.

La consigna “No son 30 pesos, son 30 años” sintetizó esta acumulación histórica de frustraciones. El aumento del precio del transporte público fue solo el detonante de un malestar mucho más profundo relacionado con las condiciones de vida producidas por el neoliberalismo chileno. Así, la revuelta expresó la crisis de legitimidad de un modelo que prometía movilidad social mediante el esfuerzo individual, pero que terminaba reproduciendo desigualdades estructurales y precarización.

La revuelta también evidenció una profunda crisis de mediación política. Los partidos tradicionales, las instituciones estatales y gran parte de las organizaciones intermedias aparecieron incapaces de representar las nuevas demandas sociales. La desconfianza hacia la política institucional coexistió con formas de organización horizontal y territorial articuladas a través de redes digitales y plataformas sociales.

En este contexto, las redes sociales adquirieron un papel central como espacios de politización y circulación de sentidos. Plataformas como Facebook, Instagram, TikTok, X o WhatsApp funcionaron como dispositivos de organización, denuncia y producción simbólica, permitiendo la rápida expansión del conflicto. La acción política dejó de concentrarse exclusivamente en sindicatos o partidos y comenzó a desplazarse hacia espacios cotidianos y digitales, donde sujetos previamente despolitizados pudieron compartir experiencias comunes de abuso, endeudamiento y exclusión.

La revuelta neoliberal chilena

puede interpretarse, entonces, como la crisis de una subjetividad neoliberal. Sujetos formados bajo el ideal meritocrático y el emprendimiento indi-

vidual comenzaron a experimentar el fracaso estructural de esas promesas. El endeudamiento, la precariedad laboral, las pensiones insuficientes y la mercantilización de derechos fundamentales generaron una ruptura entre las expectativas promovidas por el modelo y las condiciones materiales efectivamente vividas.

En este sentido, el carácter disruptivo de la revuelta no solo expresó rechazo al orden existente, sino también la apertura de nuevas posibilidades políticas y culturales. La destrucción simbólica de monumentos, estaciones de metro y espacios institucionales no puede entenderse únicamente como vandalismo, sino también como una impugnación de las narrativas históricas y sociales que sostuvieron la legitimidad del Chile neoliberal. La revuelta de 2019 reveló, en definitiva, las tensiones internas de un modelo que transformó profundamente la sociedad chilena, pero que terminó generando una crisis de representación, subjetividad y legitimidad política.

Resistir desde abajo: crisis, comunidad y el caso de la Escuela Botrolhue (Temuco)

Por docente y militante SOV - Temuco

En el último tiempo he comparado con algunos compañeros la necesidad de aterrizar consignas como “organización”, “resistencia” o “acción directa” en situaciones concretas de nuestras vidas y de las comunidades a las que pertenecemos. Estas palabras, tan presentes en los espacios (orgánicos u organizacionales), suelen habitar allí, sin transformarse en prácticas reales en otros lugares que habitamos: la población, la comunidad rural, el trabajo o las comunidades educativas que conformamos como apoderados y estudiantes. Lo menciono desde un reconocimiento a nuestra propia tradición porque, si algo hemos valorado siempre desde el anarquismo, es la capacidad de construir —aquí y ahora— formas de vida que desafíen la lógica del capitalismo imperante y que prefiguren ese mundo nuevo que late en el corazón de muchas y muchos. No solo crítica, no solo estrategia: también prácticas cotidianas coherentes con los fines que buscamos.

Nos cuesta abordar el “cómo” hacer carne estas consignas. A veces porque creemos que entre convencidos no hace falta explicarlo; otras, porque nos incomoda organizarnos con personas que no comparten nuestra corriente ideológica o que no cumplen con nuestra estricta ética revoluciona-

ria. Pero la ideología, por sí sola, no nos hace revolucionarios. Y la lucha entre convencidos no garantiza ni fuerza política ni menos la victoria ante un capitalismo que todo lo absorbe y administra. Por eso, es necesario mirarnos de frente como pueblo, con toda nuestra complejidad, contradicciones y formas diversas de enfrentar la vida.

Esto no significa que debamos ponernos al lado de cualquier lucha, independiente de sus causas o motivaciones. Evidentemente no. Pero sí enfrentamos un contexto de ofensiva patronal y de restauración autoritaria —con el empresariado y Kast empujando un retroceso histórico— donde lo poco que queda de conquistas laborales y sociales están siendo amenazadas. En este escenario, los métodos para resistir, organizarnos y luchar, no pueden surgir sólo de la teoría ni de la identidad ideológica: deben surgir, también, del territorio y de las comunidades

concretas, allí donde la vida se juega día a día.

La lucha contra el cierre de la Escuela Botrolhue es un ejemplo claro de esto. No es cualquier escuela: es una escuela municipal unidocente, rural e intercultural, actualmente con 18 estudiantes, inserta en territorio mapuche, con una historia comunitaria profunda por el terreno en el que se ubica. Este fue donado al municipio, originalmente, por una familia del sector y sostenida por una comunidad que ha construido allí un espacio seguro, cercano y pedagógicamente significativo, con el objetivo de que las niñas de la comunidad fueran educadas, sin la necesidad de movilizarse para ir a estudiar a la ciudad. Sin embargo, cuando el Municipio decidió cerrarla, lo hizo siguiendo criterios puramente administrativos: cumplir con una lista de requisitos técnicos ante el MINEDUC, sin considerar el proyecto educativo, el vínculo territorial ni la identidad intercultural que la escuela encarna.

(...) El cierre de escuelas no debería ser la consecuencia de esta burocracia: Ante este escenario, existen vías alternativas como escuelas más pequeñas, comunidades educativas más territoriales y cercanas, o la reducción del núme-



ro de estudiantes por sala en zonas urbanas. Pero esas posibilidades sólo serán reales cuando los futuros cierres choquen con comunidades vivas y dispuestas a dar la lucha, y cuando los criterios para decidir no sean un mero trámite administrativo, sino una discusión pedagógica, territorial y comunitaria.

En la Escuela Botrollhue, esa lucha se expresó con toda su complejidad. Allí nos encontramos con apoderados de todos los colores políticos —en su mayoría votantes del actual gobierno de ultraderecha—; con un municipio que se dice progresista (PPD) pero que, ante los recortes impulsados por Kast, decide actuar igual que él: traspasando los costos a los más vulnerables; y con una comunidad que, como tantas en las que también participamos, recurre a las herramientas que tiene a mano: asistencialismo, gestiones con concejales o diputados, solicitudes de ayuda institucional, muchas veces apelando a un sentido de justicia de los mismos responsables.

(...) La comunidad educativa está devastada en su totalidad. La decisión del cierre de la Escuela implica la absorción de la matrícula por otra escuela rural, un proyecto de educación intercultural impulsado por la Municipalidad. Entre la directiva agotada, la comunidad quebrada y las familias profundamente golpeadas, el conflicto llegó rápidamente a un punto de saturación emocional en donde la mayoría de las familias decide tomar la opción de la Municipalidad y comenzar la búsqueda de un nuevo establecimiento. El DAEM triunfa

con lo que podrán denominar “resistencia inicial de las familias”, pero es importante considerar que en el vertiginoso y apresurado devenir del conflicto, esa resistencia inicial, fue unánime: luchar por la Escuela. Lo que vino después fue consensuar los métodos, las formas, las herramientas y los argumentos. Y aquí aparece la tensión que debemos enfrentar sin evasivas ¿Qué hacemos cuando en el pueblo —del que somos parte— aparecen métodos, herramientas y argumentos con los que no estamos de acuerdo? ¿Nos marchamos? ¿Nos quedamos solo mientras se mantenga la pureza ideológica?

La respuesta, desde nuestra realidad, es otra: nos quedamos. Pero insistimos en que la fuerza decisiva de cualquier lucha debe ser la organización horizontal, la acción directa y la capacidad colectiva de sostener la pelea. Todo lo demás —el apoyo de políticos, las gestiones institucionales, las demandas judiciales— puede ser útil, pero debe girar en torno a nuestra propia fuerza y no al revés. En la lucha contra el cierre de la Escuela Botrollhue, lo intentamos. (...)

Todas estas tensiones estuvieron presentes en la lucha por la escuela Botrollhue. Aunque buscamos que fueran los medios autónomos y de lucha directa los que marcaran el camino, solo el tiempo dirá qué aprendizaje quedó en quienes participaron. Lo importante es que, en estas y otras luchas, los individuos puedan reconocer un sujeto distinto al de los partidos y movimientos tradicionales de la izquierda institucional. Un sello anárquico de lucha, que abra ca-

mino y reconocimiento, tal como lo hicieron nuestros compañeros hace más de cien años cuando la cuestión social irrumpió en Chile. Y lo hicieron construyendo sociedades de resistencia en los trabajos, ligas de arrendatarios en los conventillos y barrios, impulsando huelgas, boicots y campañas de propaganda obrera; y al mismo tiempo levantando escuelas de autoformación, periódicos y centros de estudio donde el grupo de afinidad podía pensar y cuidarse por sí mismo. Esa forma de enfrentar la vida sigue viva cada vez que una comunidad decide resistir desde abajo.

Nuestra tarea es simple: cultivar, en los distintos espacios de los que formamos parte, la intuición de que los problemas derivados del sistema de dominación capitalista siempre es mejor resistirlos colectivamente, porque eso forma parte de nuestra esencia. Desde esa resistencia colectiva podremos poner en valor nuestras propias ideas —el apoyo mutuo, la asamblea, la horizontalidad, la contrainformación y las formas de lucha que hemos construido—, prácticas que a su vez prefiguran el mundo que queremos. La voluntad, compañeras y compañeros, es lo que puede ponernos en el centro de las luchas que vienen —nuevas, complejas y desafiantes de todo lo que dábamos por cierto— y no como meros espectadores críticos o, peor aún, víctimas de la barbarie del egoísmo capitalista.

La versión completa del artículo puede revisarse en la página web de Solidaridad Obrera <https://solidaridadobrero.cl/>

¿Vivir para trabajar o trabajar para vivir?

Trabajadora Tec. Automatización y Robótica - Concepción

No se sabe con exactitud cuándo empezó esta desconfianza —la que se niega a conceder, tanto a una mujer como a un pueblo, el derecho al pan y a la rosa a la vez—, aunque el lema mismo tenga fecha y lugar: la huelga textil de Lawrence, en 1912, y el poema de James Oppenheim que la inspiró. Se lo enseñan en el puesto de trabajo, en la fila del banco, en la sala de clases donde una profesora explica con vergüenza que hay cosas del cuerpo de las que no se habla. Se lo repiten hoy los economistas que anuncian con orgullo un ajuste fiscal mientras suben el precio del diésel de la noche a la mañana. Se lo repite, sobre todo, la casa: esa segunda jornada invisible que empieza justo cuando termina la primera y que nadie factura, nadie agradece y nadie considera trabajo. Siempre la misma orden: primero sobrevivir, después, si queda algo, atreverse a vivir. Este ensayo se escribe, sin pedir permiso, para decir que la belleza, el cuidado que sostiene el mundo, el cuerpo que se desea y el pan de cada día no son cuatro luchas distintas, sino la misma lucha mirada desde cuatro ventanas.

Se enseña que la belleza es un lujo de quienes ya tienen resuelto el estómago: un cuadro en un museo, una tarde libre, un libro comprado sin culpa; todo eso, se dice, llegará después. Aprendi-

mos lo contrario caminando entre compañeras y compañeros que se detenían un instante frente a un mural en algún pasaje de una población y se quedaban calladas/os, mirando. Esa pausa era ya una pequeña insurrección: un pueblo que se permite admirar es un pueblo que recuerda que no nació solo para producir. No se trata de la belleza que venden las vitrinas del bienestar, esa que exige un cuerpo domesticado y un salario que la sostenga, sino de otra: la que aparece cuando una asamblea encuentra, tras horas de discusión áspera, la palabra exacta que todas/os reconocen como propia. Esa belleza no se compra ni se prohíbe con decreto: se cultiva colectivamente, y por eso mismo incomoda a quienes necesitan que se siga creyendo que la fealdad de la sobrevivencia es un destino natural.

Hay, sin embargo, una belleza que el sistema prefiere que nadie mire de cerca, porque mirarla de frente obligaría a pagarla: la del trabajo de cuidar. Detrás de cada jornada de fábrica, hay una mujer que se levantó antes para que esa jornada fuera posible y que seguirá despierta cuando termine. Las encuestas de uso del tiempo confirman lo que cualquier compañera sabe sin necesidad de estudio: las mujeres dedican casi el doble de horas que los hombres al trabajo

doméstico y de cuidado no remunerado (las mujeres dedican más de 35 horas semanales al trabajo doméstico no pagado, el equivalente a una segunda jornada completa; INE, 2023), y esa carga es la razón principal por la que apenas algo más de la mitad de las mujeres chilenas participa del mercado laboral formal. El capital no paga esa jornada porque no necesita hacerlo: le basta con que se la siga entendiendo como amor, como deber, como naturaleza femenina, y jamás como trabajo.

El Estado, lejos de corregir esa injusticia, la administra. Construye jardines infantiles insuficientes, promete sistemas de cuidado que llegan tarde y a medias, y descarga sobre la familia —es decir, sobre las mujeres— lo que debería ser una responsabilidad colectiva. Cuando finalmente legisla, lo hace siempre después del daño: persigue a los deudores de pensiones de alimentos cuando la deuda ya empobreció a la madre y a los hijos, sanciona el acoso laboral cuando ya expulsó a la trabajadora del cargo que merecía. Y cuando se llega al empleo remunerado, el mismo Estado permite que se pague a las mujeres hasta un quince por ciento menos que a un hombre en el mismo puesto —la brecha salarial más alta de la región— y que las interrupciones obligadas por el cuidado de hijos y de mayores se traduzcan, al final de la vida, en pensiones miserables. Se las empobrece dos veces: primero quitándoles el salario, después quitándoles también la vejez.

Ya lo advertía, hace casi un siglo, la española Lucía Sánchez Saor-

nil, incómoda dentro de su propio movimiento porque intuía que la cuestión de las mujeres no podía disolverse sin más en la cuestión de los trabajadores, como si bastara con emancipar la fábrica para emancipar también la casa. En Chile, obreras anarquistas que en 1919 escribían en el periódico Verba Roja, y organizadoras como Ángela Muñoz Arancibia, ya señalaban que la revolución que no discutía el trabajo doméstico se quedaba a medio camino. Un siglo después, los hechos siguen dándoles la razón: no existe autogestión posible si la mitad de quienes sostienen la vida cotidiana no tiene voz ni voto sobre su propio tiempo, sobre lo que se espera que haga, sobre el lugar donde la sociedad decidió, sin preguntarle, que debía estar.

Del mismo modo se enseña a desconfiar del propio deseo. La libertad sexual, se dice, es cosa de otras: el matrimonio, refugio económico; la sexualidad, deber conyugal y jamás gozo propio. Ya en 1890 la anarquista Voltairine de Cleyre escribió un ensayo, Esclavitud sexual, para nombrar algo que hasta sus propios compañeros preferían no discutir: que las leyes del matrimonio permitían a un marido disponer del cuerpo de su mujer sin que existiera delito alguno. Hoy, una mujer que decide con quién, cuándo y cómo desea sigue arriesgándose a un veredicto que ningún hombre recibe jamás por los mismos actos: se la llama fácil, se la llama mala, se le recuerda con una ceja levantada que hay un precio para la libertad que acaba de tomarse.

Ese precio no es solo simbólico. A la mujer señalada como mujer libre se le limita el ascenso en el trabajo, se cuestiona su palabra en la asamblea, se le niegan espacios, se vigila su maternidad, se sospecha de su capacidad de decidir sobre cualquier otra cosa, como si el control de su deseo fuera la condición previa para confiarle cualquier otra libertad. Por eso la advertencia de Sánchez Saornil sigue intacta cuando afirmaba, con una claridad que todavía incomoda, que «la misión de la mujer no es pedir leyes, sino romper todos los decálogos». No pedir permiso: romper el decálogo entero, el que regula el cuerpo, el que regula el salario, el que regula el silencio que se espera de las mujeres.

Por eso no hay libertad económica sin libertad sexual, ni libertad sexual sin libertad económica: son la misma cadena rota en dos eslabones, y el trabajo de cuidar es el tercero que casi nunca se nombra. Una mujer que no puede decidir sobre su propio cuerpo tampoco puede negociar en igualdad de condiciones su salario, su tiempo, su descanso. Y una mujer que depende económicamente de un marido, de un patrón o de un Estado que reparte migajas, difícilmente puede hablar con voz entera sobre quién y cómo desea, ni sobre cuánto de su vida quiere entregar al cuidado de otros antes de que se le pregunte si quiere entregarlo. No basta con proclamar el deseo libre ni con nombrar el cuidado como trabajo, si el estómago sigue encadenado. Esto se escribe en un Chile donde el Banco Central admite que la actividad económica se

contrae, donde la inflación devora el sueldo antes de que termine el mes, donde el precio de la bencina y el diésel subió de un día para otro como un balazo directo al bolsillo de quien madruga para llegar al trabajo. Se escribe en un Chile gobernado por un presidente que llama megarreforma a un ajuste que recorta educación pública y presenta como orden público la persecución de estudiantes y sindicalistas que se atreven a protestar. Frente a esto, la libertad económica que aquí se defiende no es la libertad del empresario para especular con el sueldo ajeno, ni la del Estado para administrar la pobreza con subsidios que llegan tarde y mal, ni con leyes de cuidado que se anuncian y se financian a medias.

No se piden aquí cuatro reivindicaciones distintas, sino que se insiste en una sola: que se permita, de una vez, vivir enteras. No fragmentadas entre la obrera que produce, la que cuida sin salario, la mujer que calla su deseo por miedo al veredicto, y la persona que solo puede admirar lo bello los domingos, si le sobran el dinero y las fuerzas. Esto no se escribe desde la nostalgia de otras revueltas ni desde la comodidad de quien mira la contingencia por televisión, con la convicción de que el anarcosindicalismo que este periódico defiende no es una reliquia del siglo pasado, sino la herramienta vigente bajo nuevos parámetros.

La versión completa del artículo puede revisarse en la página web de Solidaridad Obrera <https://solidaridadobrero.cl/>

Armas Escritas

ANTROPOLOGÍA ANARQUISTA

149 páginas / Colección cuadernos mínimos / Tapa blanda / Eduardo Restrepo /
Asociación Colombiana de Antropología y Editorial Residua

En este trabajo, Eduardo Restrepo parte de la base de que “el anarquismo ha sido históricamente marginado e incompendido, incluso dentro de los círculos académicos” (p. 55) y, por lo mismo, en tanto antropólogo, desarrolla una crítica a la antropología académica que busca el reconocimiento permanente que se traduce en publicaciones indexadas, índices H y números de todo tipo que “enaltecen” al científico-académico. Estas evaluaciones cuantitativas propias del desarrollo neoliberal que busca capitalizar el conocimiento poniéndolo en cifras de producción, más que fortalecer el desarrollo del conocimiento y una

mejora significativa de la vida, capitaliza el conocimiento en índices de productividad.

En los primeros capítulos, Restrepo alude, mimetizándose a ratos, a David Graeber y su mirada como antropólogo anarquista. Sin embargo, en tanto se avanza en la lectura del texto, Restrepo va ofreciendo una visión crítica de la antropología, sobre todo de aquella que se ejecuta alejada de la realidad, desde la comodidad de los centros de estudio. Por lo que el antropólogo colombiano invita al desarrollo de una ciencia humana que una posición crítica frente al sistema extractivista dominante, tomando la acción directa como

“la construcción de alternativas que desafían su existencia” (p. 40), y que establezca parámetros de horizontalidad propias de la propuesta anarquista.

